

PRÓLOGO

EL VIAJE

Aarón

Hoy es el gran día y no entiendo por qué lloran todos. Yo estoy súper contento porque hoy por fin nos mudamos. A ver, que no quiero decir que no me guste nuestra vieja casa, la verdad es que es más grande, tenemos jardín y eso nos encanta a Luis y a mí. Pero mamá tenía que limpiar mucho y Luis ya va a pasar al cole de los mayores y estamos muy lejos de todo y de todos. Sobre todo de todos. Siempre que queríamos ir a visitar a los primos o a los abuelos teníamos que ir en coche. Y eso es un rollo. A Luis tampoco le gusta. Él al menos va en segunda fila. Yo a veces voy atrás del todo y no me gusta. Cuando era pequeño no se estaba mal. Al principio me daba miedo porque estaba oscuro pero ya no, ya soy grande y ya no me da miedo pero no quepo. Así que ya no vamos a tener que montarnos tanto en el coche y vamos a estar todos juntos. Además, en la ciudad vamos a poder hacer más amigos, estoy seguro. Y aunque no tengamos jardín en nuestra nueva casa, Luis y yo podremos bajar al parque y dormir en la misma cama.

El coche se detiene y yo corro a asomarme a la ventana, ¿ya hemos llegado? Qué rápido. Luis se abraza a mí de nuevo. Debe estar malo, pobre, no deja de llorar. Ya está, venga, tranquilo. Papá y mamá se giran para observarnos. Siempre les ha gustado vernos jugar y grabarnos para enseñárselo a toda la familia. Pero hoy no lo han hecho, deben estar malos de verdad porque no han cogido el móvil en todo el día, lo único que han hecho es llorar. No lo entiendo.

Papá se baja del coche y abre nuestra puerta. Vamos, Luis, que ya hemos llegado, le digo tirando de él, pero él no parece alegrarse ni tan siquiera un poco.

—Vamos, Aarón, ven —dice papá.

Y yo le hago caso esperando a que Luisito me siga. Pero no lo hace. Papá cierra la puerta. ¿Y mamá tampoco viene?

—Vamos.

Sigo a papá mirando atrás hacia el coche. No sé. Bueno, también me gusta estar con papá. Es el más gruñón pero me quiere, lo sé.

Siempre que vamos en coche me muerdo de ganas por hacer pipí. Esta vez papá me deja hacerlo sin prisas, normalmente es muy impaciente conmigo, no como mamá o Luis, que a veces lo hace conmigo.

Yo siempre voy detrás de él porque ya me perdí una vez y desde entonces nunca me deja

ir solo a los sitios. Espera, que tengo más ganas de hacer pipí.

Cuando terminamos esta segunda vez, llegamos a un sitio que no huele demasiado bien. Al entrar descubrimos que hay muchos otros amigos. Todos intentan saludarme al mismo tiempo pero yo no les hago caso, papá siempre dice que no debo acercarme a los desconocidos. Nos hacemos hueco entre la gente y nos sentamos. Aunque me miran, yo intento no prestarles atención. No quiero que mi papá se enfade. De pronto, una puerta se abre y se escuchan gritos. A mí me ponen nervioso. Los que están en la sala empiezan a gritar también y a llorar. No me gusta este sitio. Le digo a papá que nos vayamos pero él no lo hace. Me siento a su vera e intento tranquilizarme pero los demás no me ayudan a hacerlo, están temblando, quieren irse como yo. Observo a papá, que me sonrío y me acaricia. No pasa nada.

—Tranquilo.

La puerta vuelve a abrirse de nuevo. Sale un bebé en brazos de su mamá, no debe llegar al año. Todos vuelven a revolotearse. La mamá está muy contenta. Y su papá y su hermana, todos se mueren de ganas de cogerla y abrazarla. Vuelvo a mirar a mi papá, que me vuelve a acariciar. Se levanta, parece que nos vamos, venga, que quiero volver con Luisito. Pero no vamos hacia la puerta de salida, vamos

hacia la otra, hacia la de los gritos. Me da miedo, no quiero ir pero mis uñas se resbalan en el suelo cuando intento resistirme. Papá se agacha y me mira a los ojos. Me acaricia y me abraza. Me encanta mi familia, siempre sabe tranquilizarme. Yo también lo abrazo y casi lo dejo caer de espaldas. Se ríe. Yo también. Pero de pronto empieza a llorar. ¿Por qué lloras, papá? Mis besos lo vuelven a hacer sonreír.

—Venga, ya está, ya, Aarón, para, en la boca no ¿Sabes que te queremos, no? Luisito más que nadie —me da un beso en la frente—, gracias por todo, pequeño.

Claro que lo sé. Y mamá y tú y los abuelos, somos una familia. Papá se pone en pie y me deja con un señor. Se da media vuelta y empieza a caminar. Intento seguirlo pero el señor nuevo me lo impide tirando de mi collar. ¿Papá? Abre la puerta, de lejos puedo ver el coche. Seguro que va a por Luis. La puerta se cierra. Seguro que va a por Luis y a por mamá, porque no se ha despedido como siempre, no me ha levantado la mano desde lejos. Ya va a venir, estoy seguro.

El señor tira de mí, ¿A dónde vamos? La puerta de los gritos se abre, me arrastra. No, no, ¿qué haces?, ¿Luis viene conmigo?, eh, eh, espera. Entramos y la puerta se cierra a nuestra espalda. No me deja esperarlos, no me deja ir tras mi papá. Si vamos más hacia dentro no van a saber dónde estoy y me voy a volver a perder

¡Que me sueltes! Pero no me entiende, no obedece y yo no puedo retroceder, mis uñas se resbalan por el suelo. Un suelo con restos de orín, de pelos, con arañazos de otros. Llegamos a otra puerta, dentro apenas hay luz. No, no. ¡Luis!, ¡Papá!, ¡Mamá! Pero no pueden escucharme, cuando entramos todos empiezan a gritar al otro lado de las celdas a ambos lados del pasillo. Siento tanto miedo que no puedo controlarme y me orino encima. Al señor le da igual, me arrastra. Me da miedo acercarme a las celdas. Dentro saltan, gritan, lloran, se pisan entre ellos. Miro hacia atrás. La puerta del pasillo se ha cerrado. El señor abre una celda. Me mira, me dice que entre, no quiero, me obliga, mis patas vuelven a resbalarse en el suelo y me empuja dentro. Por más rápido que intento salir él cierra la puerta y no quepo por los barrotes. Dentro me reciben entre gritos también, se abalanzan sobre mí, me huelen, me chupan, me gruñen. Yo los aparto, están sucios y ayer me di un baño, como mi papá me vuelva a ver sucio se va a enfadar mucho. Me acerco a los barrotes, intento sacar la cabeza por debajo de la puerta para llamarlos a gritos pero no me escuchan ¡Señor, dígame a mi familia que estoy aquí!, ¡Luis!, ¡Papá!, ¡Mamá!

CAPÍTULO 1

PRIMER SOL

La puerta del pasillo vuelve a abrirse. Empiezan los gritos de nuevo. Estoy seguro de que es mi hermano Luis o mi papá. Corro hacia la verja pero no puedo ver la puerta. Intento reconocer su olor, sus pasos, su voz, pero antes de que pueda siquiera concentrarme me apartan de allí. Me muerden y me arrastran al fondo, se ponen en primera fila y me amenazan.

—Este es nuestro sitio, novato.

—¡Es mi familia! —Les grito— ¡Han venido a por mí!

Uno de ellos se vuelve y me da un zarpazo que me tira al suelo. Sus colmillos son demasiado grandes y está demasiado enfadado.

—Déjalos, tampoco vienen a por ellos — me dice uno que ni tan siquiera se ha levantado del suelo.

—¡Es mi familia, estoy seguro!

El viejo suspira.

—Ninguna familia vuelve.

Me quedo mirándolo. Él no conoce a Luis ni a papá ni a mamá. Ellos nunca me dejarían aquí. Van a venir a por mí, tienen que ser ellos.

Los pasos suenan más cerca. Todos en la primera fila ponen sus mejores caras, saltan, sonríen, saludan pero los humanos ni tan siquiera se paran a mirarles, los humanos siguen caminando.

—¿Era tu familia? —pregunta.

Niego con la cabeza. La primera fila se vuelve seria, se disuelve separándose de la verja y vuelven a sus rincones. Con paso lento me acerco a ella. Se han parado en la celda de al lado, con los más pequeños, con los recién nacidos. El niño que ha entrado con la familia humana me mira. No, no es Luisito. Me señala. Pero su madre le dice algo que no logro entender señalando a la celda de los peques. No vuelve a mirarme. Escucho las pisadas del viejo detrás de mí.

—Lo siento —pronuncia.

Al mismo tiempo, la familia de humanos se pone muy contenta, el niño salta de alegría. El señor que me encerró aquí entra en la celda de al lado. No puedo verlo, pero al salir le entrega un bebé a la mamá. El niño quiere verlo, cogerlo, abrazarlo.

—¿Qué es, mamá?

—Ábrelo.

—Espera, que no estoy grabando. Vale, ahora.

—¿Pero qué es?

—¡Ábrelo, Luis!

Escucho ruidos fuera. Empiezan a colarse rayos de luz, luego la luz completa, no puedo ver.

—¡Un perrito!

Fue la primera vez que vi a Luis, la primera vez que me cogió entre sus brazos y lo escuché reír.

—Mira a la cámara, Luis.

Fue la primera vez que lo vi llorar de alegría, aunque más tarde lo viera llorar también.

—Es el mejor regalo del mundo.

—Eso es porque los Reyes saben que te has portado muy bien.

—¿Cómo se llama?

—Elígelo tú.

—¿En serio?, ¿puedo?

—Siempre los eligen a ellos —las palabras del viejo me devuelven a aquella fría y gris jaula de hierro—, nosotros somos demasiado grandes —sentencia volviendo a su sitio, a la esquina del final.

La familia cruza de nuevo por delante de nuestra celda sin mirarnos, con el bebé entre

los brazos de la madre. Yo los observo hasta que la verja me impide hacerlo y la cerradura de la puerta del pasillo vuelve a dejarlo todo en silencio. Antes de girarme disimulo mis lágrimas y con cuidado de no pisar restos de heces y orín, atravieso la jaula para acercarme al viejo. El resto me mira, siguen mis pasos sin decir nada.

—¿Qué es esto?

El viejo me mira desde el suelo. Luego se incorpora.

—¿Quieres saberlo?

Asiento. El viejo coge aire.

—Una casa de acogida.

—¿Una casa de acogida?, ¿Y eso qué es?

—Un lugar para perros abandonados — dice uno negro con una pata vendada y cicatrices por el cuerpo.

—¿Y qué hago aquí? A mí no me han abandonado.

Escucho risas a mi alrededor.

—Es un error —insisto—, hoy nos mudábamos a nuestra nueva casa, a la ciudad para que mi hermano Luis pudiera ir al colegio de los mayores. Una casa preciosa con...

—Preciosa para ellos, no para un perro — me interrumpe una blanca con una mancha marrón en el ojo izquierdo.

—Dijeron que la casa era para la familia —insisto.

—Entonces tú no eras parte de la familia —vuelve a decir Negro.

Me abalanzo sobre él y al instante todos se abalanzan sobre mí. Me separan y me acorralan en una esquina. El viejo se pone delante de mí y les enseña sus colmillos.

—Ya basta —aparece uno gris detrás de todos ellos, con voz profunda y gran porte— o nos sacrificarán a todos.

Todos se precipitan a separarse y a volver a sus sitios. El viejo se aparta y deja que el gris se me acerque.

—Te han abandonado, cachorro, no eras parte de su familia —pronuncia imponente—, cuanto antes lo aceptes más probabilidades tendrás de sobrevivir. Levanta —me ordena.

Obedezco. Se acerca aún más, me huele, da una vuelta alrededor mío.

—Eres joven, el más joven de todos nosotros —dice— y de raza, de una fuerte.

El viejo me guiña un ojo desde su esquina.

—Quizá puedas encontrar una familia que tenga campo, alguna finca que vigilar en vacaciones... —piensa en voz alta para luego se dirige al grupo— hay que hacerle un hueco en primera fila, junto con Negro, tienen que verlo.

La manada protesta.

—¡Él se pondrá en primera fila! —se impone— para él aún hay esperanza, nosotros

somos demasiado viejos y somos nuestra propia familia, él todavía puede encontrar una y salir de aquí.

CAPÍTULO 2

68 HORAS

María

—Pues una firma aquí para terminar... eso es, genial. Espero que disfrutéis con Kyra, es preciosa y esa raza es muy cariñosa con los peques.

—¡Yo ya no soy pequeño! —protesta el chico a quien todavía no le dejan coger en brazos a la cachorrita, pero se asoma de puntillas a los brazos de su madre para poder verla.

—Claro que no, si tú eres ya muy grande, pero para cuando tengas un hermano o una hermanita.

María sonrío al pequeño y a la madre. Una sonrisa verdadera, de esas que salen de

dentro. Y es que a María pocas cosas la hacían más feliz que poder cerrar una adopción.

—Cualquier cosa que necesitéis, llamadme a mí personalmente —dice dejándoles una tarjeta—, de todos modos, yo me pondré en contacto con vosotros dentro de unas semanas para ver cómo va todo.

—Perfecto —dice la madre adoptiva—, muchas gracias por todo, has sido muy amable. Os deseo mucha suerte con todos los animales que tenéis aquí.

—Gracias.

—¿Os importa haceros una foto para subirla a las redes? —interviene José, cámara en mano, levantándose de la silla al otro lado del mostrador.

—Claro, ¿Dónde nos ponemos?

—Ahí mismo, que salga el nombre del refugio detrás. Genial. Sonreíd —la madre se deja abrazar por el marido y el pequeño se coloca justo al lado de la pequeña cachorra de Retriever— Ya está. Es que también nos gusta subir fotos alegres de adopciones, no solo de abandonos.

—Normal, hacéis una gran labor. Muchas gracias por todo, estamos en contacto.

Los jóvenes se despiden de la familia. María, aun con una sonrisa iluminándole el rostro, archiva los papeles y toda la documentación y los guarda en el cajón de adopciones mensuales cerradas.

—Hoy ya llevamos tres —celebra cerrando el cajón.

José, que vuelve a su silla al otro lado del mostrador, no parece tan optimista.

—Tres adopciones frente a dos abandonos, una camada de seis gatitos rescatada y una entrega.

—¿Una entrega?

—Un pastor alemán macho.

—¿En serio?

—Sí —dice haciendo crujir su silla al echarse hacia atrás sobre el espaldero.

—Y en plan... ¿qué te han dicho?

—Que se mudan a la ciudad y no tienen sitio para él.

—Pues que se muden a una casa donde puedan tenerlo —la sonrisa se le borró antes de lo que a ella le hubiera gustado—, yo es que lo flipo con la gente, tío, de verdad. ¿Cuántos años tiene?

—Dos.

—¿Le has hecho las fotos? Siendo de raza igual sale de aquí rápido...

—No me ha dado tiempo, corazón.

María hace ademán de coger la cámara pero José se lo impide cogiéndola antes que ella de encima del mostrador.

—María, llevas toda la semana aquí.

—Estoy de descanso en el trabajo.

—Pues descansa.

—¿Y quién lleva esto para adelante si no?

—Estoy yo, está Marta, por la tarde viene el veterinario y mañana es día de voluntariado.

—¿Y Marta dónde está?

—Ha ido al pueblo a por los dos galgos que han encontrado para que pueda verlos Sergio por la tarde, por lo visto están bastante mal —María se queda en silencio—, ¿Qué pasa?

—Que estamos llenos, José.

—Bueno, hoy han salido tres, ¿no?

—Sí, y no paran de entrar...

José no la deja acabar. La coge de las manos y besa cada una de ellas. La sonrisa de María quiere volver a aparecer entre sus labios pero no termina de conseguirlo.

—No me hagas caso —susurra José acercándose un poco más a ella—, queda toda la tarde y mañana vienen muchas familias con los voluntarios, seguro que conseguimos descargarnos un poco. Eh, mírame, tú siempre has sido la optimista del refugio, no te vayas a volver igual de rancia que yo —María vuelve a sonreír al fin—. Te va a venir bien desconectar, ¿vale? —María asiente— ¿te veo luego en casa?

—Vale, pero hacemos una cosa.

—A ver... —pone los ojos en blanco.

—Voy a casa, desconecto un rato viendo alguna serie y luego te ayudo a cerrar.

José sonríe, sabe que no la hará cambiar de opinión, era la más optimista de los dos pero también la más cabezona.

—Dos más como tú aquí y...

—Y acabarías volviéndote loco —
termina divertida María por él.

CAPÍTULO 3

PRIMER SOL DE MEDIA TARDE

—No le des más comida al perro, que él tiene la suya.

Luis me busca bajo la mesa, me guiña un ojo. Yo espero, sé que va a compartir la comida de mamá, sabe que no me gusta la que me ponen aunque digan que es lo mejor para mí. Me dice que me acerque, lo hago. Baja la mano cuidadosamente, descubro que esta vez

es un hueso, mi favorito. Empiezo a ponerme nervioso, la boca se me hace agua, pero aún no puedo cogerlo. Su mano llega a mi altura y con cuidado de no hacerle daño con mis nuevos colmillos, cojo el hueso.

—¡Luis!

Él retira la mano rápidamente, nos han pillado. Salgo de debajo de la mesa antes de que papá me alcance y me dirijo al jardín.

—Cachorro —dice Gris acercándose con el hocico un cacharro con comida—, come.

—No me gusta esta comida.

—Pues tendrás que acostumbrarte.

—Si él no la quiere, nosotros nos hemos quedado con hambre —dice el más grande de todos con abundante pelo por todo el cuerpo.

—Además, necesito... salir a pasear.

—¿Cómo que necesitas salir a pasear? —pregunta.

—Ya sabes...

—Ah —sonríe, el resto también lo hace, no sé qué resulta tan gracioso para todo el mundo—, hazlo ahí mismo.

¿Cómo aquí?

—No puedo hacer mis necesidades aquí, papá siempre dice que tengo qu...

—¿Ves a tu papá por algún sitio? —interrumpe.

No quiero contestar a esa pregunta. Me tumbo e intento apagar el mundo a mi

alrededor. Van a volver, estoy seguro. Tienen que hacerlo.

La puerta del pasillo se abre una vez más. Vuelve el griterío, las jaulas se alborotan.

—Cachorro, a primera fila —me ordena mientras ayuda a Negro a levantarse.

Todos me miran, me hacen un hueco pero no por voluntad, solo porque Gris se los ordena. Pero no me levanto del suelo, sé que no es mi familia, sé que no es Luis porque no reconozco sus pasos.

—¡Cachorro, a primera fila, ya! —insiste mientras ayuda a Negro a caminar hacia la reja.

—No quiero —contesto dándoles la espalda

Viejo se levanta de su esquina y se acerca a mí.

—Ve, hazle caso, tú aún puedes salir de aquí.

—Solo quiero volver con Luis —contesto sin mirarle.

—Cuando tengas mis años, darás lo que sea por tener la oportunidad de morir en una casa con el calor de una familia, no aquí en una jaula. Levántate —insiste intentando levantarme con el hocico.

—Déjame en paz —gruño enseñándole los colmillos.

Gris deja a Negro en primera fila y al escucharme gruñir corre a colocarse delante de mí.

—¡Mírame! —me ordena.

—No pasa nada, Gris —intenta calmarlo Viejo.

—¡Cachorro, mírame! —Mis ojos escalan desde el suelo a lo largo de sus poderosas patas trazadas de músculos. El corazón le late tempestuoso bajo su pecho blanco. No soy capaz de aguantar la intensidad de su mirada oscura— la próxima vez que quieras enseñarle tus colmillos a alguien, enséñamelos a mí —su voz profunda hace que agache la mirada sin decir nada— ¿Te enteras? —insiste con firmeza desde su posición.

—Lo siento —pronuncio.

Al escuchar mis disculpas se marcha pasando por mi vera. Viejo busca mi mirada para decirme que todo está bien, que no se ha molestado.

—Olvidad al nuevo, todos a hacerlo como sabéis, sonreíd, saltad, sed amables, hoy quiero veros durmiendo en una cama.

Viejo y yo nos quedamos detrás viendo como los demás intentan llamar la atención de dos hombres y un niño que ni tan si quiera reparan en nuestra jaula. Los ladridos, los saltos y las sonrisas se apagan lentamente al tiempo que los pasos se alejan y se detienen en otra celda que no es la nuestra. Todos podemos escuchar abrirse la puerta de aquella otra jaula y a todos los pequeñines saltar, ladrar y revolotear luchando por conseguir, como dice

Gris, salir de aquí y dormir en una cama calentita.

La primera fila se deshace poco a poco. Todos vuelven a su sitio sin mediar palabra, cabizbajos. Gris se resiste a aceptar que nuestra jaula es invisible para los humanos y aguanta el último asomado a aquellos barrotes. Luego se vuelve con su mirada rota por la decepción y vuelve a ayudar a Negro a caminar. Con paso lento y dándole palabras de ánimo, lo acompaña a su esquinita.

—Deberías hacerle caso a Gris — pronuncia una voz femenina.

A mi lado se sienta una chica blanca con una mancha marrón en forma de antifaz en la cara. Los dos observamos a Gris ayudar a Negro a sentarse y como se queda a su lado hasta que sus dolores parecen calmarse. Vuelvo a agachar la cabeza y tumbarme. No me apetece hablar con nadie. No me apetece estar aquí.

—Sabe lo que hace —su voz se acerca a mis oídos y mis orejas se ponen en guardia—, solo quiere lo mejor para nosotros.

—Él no tiene ni idea de lo que yo quiero.

Aunque está a mi espalda, la siento acostarse junto a mí.

—A él lo eligieron dos veces —dice en un susurro forzándome a prestarle más atención.

—¿Sí?, ¿Y por qué sigue aquí?

—Porque él los rechazó.

Levanto la cabeza del suelo para girarme hacia ella. Sus ojos claros me mantienen la mirada.

—¿Por qué haría algo así?

Su hocico vuelve a acercarse a mis orejas para susurrarme. Tiene una voz bonita.

—Por nosotros.

No puedo evitar buscar a Gris con la mirada. Ella también lo hace y lo encontramos acercándole el recipiente del agua a Negro mientras intenta levantarle el ánimo al resto de la jaula.

—Llegarán a por nosotros, alegrad esas caras, vamos, no quiero veros así. Recordad a Canela, a Manchas, a Rabo... saldremos de aquí, todos lo haremos.

—Justo cuando iba a irse con la familia que iba a adoptarlo, se arrepintió. Dijo que él se iría el último de todos nosotros, que no podía vivir imaginándonos aquí.

—¿Y qué hizo?

—Empezó a ladrar, a saltar, a morderlo todo... Y la familia se arrepintió.

—Vaya... —empiezo a sentirme mal, avergonzado por mi comportamiento hacia él—, ¿cómo acabó aquí?

Blanca se encoge.

—No lo sé, no le gusta hablar de él mismo. Solo sé que no dejaría que a ninguno

de nosotros nos pasara nada. Ni tan si quiera a ti.

Mis orejas se ponen en guardia una vez más. Dos personas se detienen frente a nuestra jaula. Miro a Blanca y a Viejo, los reconocen, todos los reconocen y los saludan al entrar a la jaula. Se dirigen a mí.

—Tranquilo, no pasa nada —dice Blanca haciéndose a un lado.

Aunque su tono de voz es agradable no les puedo entender, me levanto, reculo y les enseño los dientes.

—Son amigos, Cachorro —dice Viejo—, es el médico.

—Yo no necesito ningún médico —protesto alejándome las manos de plástico blanco de aquel hombre que intenta acariciarme.

—Si alguien puede sacarte de aquí, son ellos.

—¿Qué van a hacerme? —el hombre se arrodilla a mi vera, yo le vuelvo a enseñar los dientes.

—Van a comprobar que estés bien y puedan buscarte una familia —dice Gris con tono firme.

—Yo ya tengo una familia.

Gris suspira y me da la espalda para volver a su sitio. El resto me mira. Viejo me insiste para que obedezca. Yo no quiero, pero lo hago. Sus manos de plástico me colocan el

collar, que aunque es el mismo de siempre, sienta diferente, no son las diminutas manos de Luis ni la firmeza de papá y tampoco la suavidad de mamá.

Salimos al pasillo, me reencuentro con el señor con quien me dejó papá. Igual vienen a recogerme. Quizás estén esperándome ahí fuera. Empiezo a acelerar el paso arrastrando al hombre conmigo. Intento rastrear el olor de mi familia, seguir sus pasos, pero hay demasiados olores que no reconozco, demasiadas jaulas, desde aquí fuera no puedo, tengo que salir. La puerta se abre, el aire se vuelve más limpio. Reconozco este pasillo y la luz del fondo. Tiro del collar pero las patas se resbalan sobre el suelo. El hombre abre una puerta y tira de mí. Mis sentidos se espinan. El frío de la habitación me hace temblar. Mis uñas intentan clavarse en el suelo pero es inútil, no puedo huir. Huele a inquietud, a muerte.

Me colocan sobre una mesa de metal. La luz artificial es demasiado fuerte, solo distingo sombras a mi alrededor. En las paredes aún pueden escucharse los gritos y la desesperación de quienes ya pasaron por aquí. Siento sus voces susurrándome en la nuca, dejándome sin aliento, inmóvil sobre mis cuatro patas. Voces de quienes no consiguieron salir, de aquellos que sus familias olvidaron y por los que jamás regresaron.

CAPÍTULO 4

64 HORAS

Sergio

—Buen chico, muy bien, ya puedes bajarte, campeón.

Aarón salta de la camilla y se dirige a la puerta esperando impaciente a que se la abramos. A ningún perro le gusta la consulta. Ya era un lugar desagradable y frío para el resto de voluntarios al que muchos se negaban a entrar. Se decía que ellos podían sentir la muerte de otros perros entre estas cuatro paredes. Hay quien decía en el refugio que ellos lo saben; saben cuándo entran para no volver a salir. Cuando les toca despedirse de sus amigos del refugio y cuándo sería el último abrazo con sus cuidadores. Hay veterinarios que cuentan como algunos aceptan su último adiós y esperan pacientes con un sonrisa, después de aquel infinito último abrazo con ellos, a que el sueño eterno les llegue rodeado de quienes formaron parte de su última familia, aquella que nunca los abandonó.

—¿Cómo está? —pregunta José.

—Triste, pero está bien. Está sano, es joven. Es de raza pura, tiene posibilidades.

—Sí —dice colocándole de nuevo el collar—, lo que no tiene es tiempo.

José abre la puerta de la consulta y Aarón lo arrastra al pasillo tirando de la correa. Sergio se deshace de sus guantes de látex y va tras ellos. Aarón tira con todas sus fuerzas para desandar el pasillo por el que entró y volver a aquella sala en la que se despidió por última vez de su familia. Pero muy pocos perros son los que conseguían desandar ese pasillo y salir

por la puerta por la que una vez entraron con una familia con la que, por seguro, no sería la misma con la que saldrían.

Por el contrario, José lo lleva al patio a donde lo deja suelto. El pequeño no tarda en echar a correr por la pequeña explanada verde.

—¿Por qué dices eso? —pregunta Sergio.

—Porque estamos llenos, no podemos mantener ni a un canario.

Sergio tuerce el gesto mientras observa al cachorro correr y olfatearlo todo.

—¿Cuánto pienso os queda?

—No sé si llegamos a los cincuenta kilos —suspira—, no le digas nada a María.

—Tarde o temprano entrará en el almacén y se dará cuenta.

—Le he dicho que viene una donación en camino —Sergio no sabe qué decir—, pero ya no es solo por eso, tío, es por el espacio. Se me parte el alma verlos ahí todos hacinados. Este es de los grandes, ¿tú has visto cómo está esa jaula ya?

—Este es el más joven de todos los grandes que tienes ahí..., igual deberías darle una oportunidad.

—¿Y sacrificar a otro por el simple hecho de ser más viejo? —Sergio vuelve a guardar silencio observando al pequeño pastor alemán buscar a su familia en cada recodo del patio—, no puedo hacer eso.

Rastrea cada esquina en busca de una pista que le lleve a su familia. Se acerca a la verja que da a la carretera esperando que alguno de los coches que ve pasar se detenga y venga a recogerlo. Pero no tendrá esa suerte. No hoy al menos.

José lo llama con un silbido. Aunque lo escucha, se hace el despistado y sigue olfateando el lugar esperando encontrar algo que poder seguir y que lo lleve de vuelta a casa.

—Todos entraron como él, así de jóvenes, así de enérgicos, pero nadie quiere perros grandes... y son los que más comen — pronuncia empezando a caminar hacia él.

—¿Y qué tienes pensado hacer?

—De momento intentar salvarle la vida sacándole unas buenas fotos.

—¿Y cuando pasen los tres días?

—Eso ya no depende de mí.

CAPÍTULO 5

PRIMERA LUNA

Antes de que el sol se esconda del todo, las puertas de aquel angosto, gris y sucio pasillo que lleva a las jaulas, vuelven a abrirse para mí. Al otro extremo de la correa el señor encargado de encerrarnos, tira de mí. Yo no quiero entrar, pero tengo que hacerlo. Las puertas de hierro se cierran a mi espalda dejando mis ojos a oscuras. Mis oídos se agudizan, también mi olfato. Un ruido metálico desconocido me pone nervioso e intento correr pero el collar, clavándose en mi cuello, me lo impide. Me mandan a callar, me piden que me tranquilice.

Unas manos me acarician. Mis ojos se acostumbran a la oscuridad, empiezo a distinguir sombras, la de los dos señores. El de las manos de plástico se agacha y me acaricia. Yo se las lamo y descubro que sus manos ya son normales. Me deja lamérselas, se ríe, pero el juego dura poco. El otro hombre tira de mí. Reconozco el camino. Conforme avanzamos, los olores se mezclan, el aire se vuelve más viciado, más rancio, y el calor más húmedo, pegajoso. Odio este camino.

Al escucharnos entrar, las jaulas revolotean. Me reconocen, me saludan al otro lado de las rejas. Yo sigo a mi olfato, esta vez soy yo quien tira del hombre hasta que llego a la mía. Allí está Viejo, al fondo, que alza su cabeza para saludarme entre el resto de

cabezas. Gris también lo hace, manteniéndome la mirada hasta que tengo que apartársela. Detrás de la altiva figura de este, aparece Blanca, con sus ojos bien distinguidos sobre el negro del antifaz que perfila su cara. Sonríe disimulada dejando entrever su lengua. Yo también.

Siento que me quitan la correa, las bisagras oxidadas de la puerta de hierro chirrían. Esta vez entro sin que tengan que obligarme a hacerlo. Otros perros se me acercan, me huelen, intentan adivinar dónde he estado todo lo que quedaba de sol. Las puertas se cierran y los pasos de los hombres desaparecen por el pasillo.

—¿Todo bien? —pregunta Blanca acariciando su pelaje con el mío.

—Sí, he estado fuera.

—Qué suerte... —sonríe, disfrutando del olor a aire fresco que aún desprende mi piel.

Pero sus ojos no muestran la misma alegría.

—¿Cuánto hace que no sales de aquí? —pregunto.

Termina de rodearme para colocarse delante de mí.

—Seis soles... —dice sentándose sobre sus patas traseras.

—¿En serio? Yo necesito salir por lo menos tres veces cada sol y papá suele sacarme cada luna antes de dormir.

—Me pone enfermo cada vez que habla de su papá... —gruñe Negro desde la esquina del fondo, la contraria a Viejo—, que alguien le calle la boca o se la voy a tener que callar yo.

A su lado está Gris, que no se separa de él, y dos perros de gran pelaje.

—¿Es que tú no has tenido papá?

—Cállate, cachorro —me susurra Blanca al oído.

—Claro que he tenido *papá* —ladra pronunciando aquella palabra con desprecio, imitando mi voz— y mira lo que me ha hecho.

Se incorpora dejando entre ver a la luz de una tímida luna que ya se cuele entre los barrotes de la diminuta ventana que da al exterior, todas las cicatrices que atraviesan su cuerpo. Mis ojos recorren los jirones aún en carne viva que atraviesan su piel. Aunque lo intento, no puedo pronunciar una sola palabra.

—Esto es lo que hacen los humanos, esto es lo que hace la gente como tu papá, ¿te gustan?

Gris me hace un gesto con la cabeza, me dice que no responda, que lo deje estar. Viejo me dice lo mismo.

—Siéntate, Negro —ordena Gris—, tienes que guardar fuerzas, deben estar al venir.

Negro obedece rumiando algo acerca de los humanos. Yo me tumbo al lado de Blanca

sin poder borrar de mis pupilas todas las heridas que desdibujaban su pelaje negro.

—Su amo le obligaba a pelear con otros perros —susurra Blanca dejándose caer a mi lado.

Levanto la cabeza y sobre el cuerpo de Blanca vuelvo a mirar a Negro. Su gran porte, su cabeza enorme y su potente dentadura. ¿Quién tendría el valor de enfrentarse a él?

—¿Y por qué?

—Por dinero.

—No lo entiendo...

Blanca da un suspiro y ladea su cabeza repostándose de nuevo sobre el suelo.

—Tuvo suerte... —pronuncia a media voz acercando su hocico a mí— esas peleas son a vida o muerte —levanto mi cabeza del suelo para mirarla con mis orejas bien preparadas.

—¿Eso qué significa?

—O matas, o te matan.

Por un momento mi mente se paraliza, no soy capaz de pensar nada con claridad. ¿Por qué los humanos querrían que hiciéramos eso?, ¿Luis dejaría que me mataran?

—¿Negro ha matado a otros perros?

La puerta se abre al otro lado del pasillo interrumpiendo nuestra conversación. Se escuchan pasos. Cuatro consigo distinguir, desacompañados pero decididos. Puedo sentir los nervios de los demás en cada pelo de mi

piel. No sé qué pasa. Gris abraza a Negro. Este se recompone en sus brazos, levanta la cabeza y aprieta la mandíbula, como si quisiera fingir que sus heridas no le duelen.

Las sombras de los dos hombres crecen sobre el suelo de nuestra jaula hasta que consiguen tapar toda la luz con sus cuerpos.

—¿Qué pasa? —pregunto a Blanca.

Pero no contesta. Nadie lo hace.

Todos se apartan pegándose a las paredes menos yo, que me descubro torpe sin saber qué hacer. El señor de las manos de plástico pasa sobre mí con cuidado de no pisarme. Se acerca a Negro, que lo espera con las orejas bajadas y el rabo entre las piernas. Él, quien probablemente nunca había tenido miedo de perros de su tamaño. Gris se acerca a ellos, intenta entretener al hombre, jugar con él. Pero no lo consigue, el señor lo aparta a un lado. Negro se deja explorar sus heridas por el veterinario.

—Negro, aguanta, por favor —le suplica Gris.

No puedo evitar incorporarme, no entiendo nada.

—Sé fuerte —pronuncia Blanca.

Todos lo observan y le piden que aguante si le duele, que no gruña. Pero no puede aguantar un ladrido cuando examina el vendaje de su pata izquierda. Gris cierra los ojos y aprieta su mandíbula. El veterinario mira al

hombre de afuera. No puedo entender lo que se dicen pero a nadie le gusta. Vuelven a examinarlo y Negro vuelve a ladrar. El semblante de Gris se vuelve serio. Blanca se esconde detrás de Viejo.

—¿Qué pasa? —vuelvo a preguntar.

A Negro le colocan un collar y lo sacan de la jaula en brazos. Es demasiado corpulento, tienen que hacerlo entre los dos hombres. Todos nos levantamos del suelo y lo acompañamos hasta el final de la jaula, hasta que los barrotes nos lo impiden. Él nos mira a través de los mismos. Sus ojos brillan.

—Lo siento, Gris —dice con su voz grave rota por las lágrimas.

Gris aprieta la mandíbula y con una mirada le dice que no pasa nada.

—Gracias por todo, hermano —vuelve a decir dos o tres jaulas por delante de la nuestra.

—¿A dónde se lo llevan? —pero nadie responde.

Nos devuelve una última mirada ya al final del pasillo antes de que la puerta que nos separa termine de cerrarse.

—Adiós, Negro —es la voz de Gris.

El portazo nos sobrecoge a todos.

—¿Ha encontrado familia? —insisto.

Pero me mandan a callar. Todas las jaulas se mantienen en un mortuorio silencio que pone todos los sentidos en guardia. Me acerco a Viejo.

—¿Se lo llevan con su nueva familia? —
susurro.

Niega con un movimiento lento con su
cabeza.

Y justo cuando el silencio parecía
eternizarse en nuestros oídos, un grito al otro
lado de la puerta nos estremece a todos. Un
grito que me recuerda al frío de aquella sala, a
las manos de plástico, al olor a muerte y al eco
de las voces en mi nuca. Es la voz quebrada de
Negro suplicando volver con nosotros, su
verdadera familia. Su voz se clava en nuestras
conciencias, nos congela la sangre. Siento
miedo en cada pelo de mi cuerpo. Todos
agachan la cabeza, evitan mirarse los unos a los
otros. Un último adiós nos sacude el alma y
nos deja abatidos sobre el suelo de la jaula,
temblando, y no de frío.

Intento buscar una respuesta que nadie
quiere darme. Viejo me aparta la mirada,
camina con la cabeza bajada hasta su esquina y
se tumba de espaldas a todos sin pronunciar
una palabra. El resto hace lo mismo.

El silencio nos engulle dejándonos a
todos mudos y sordos al mismo tiempo.

Gris se acerca. Mis ojos recorren desde el
suelo hasta sus ojos a lo largo de toda su
imponente figura que se eleva frente a mí.

—Ahora ya sabes por qué tienes que
ponerte en primera fila, cachorro.